

INNPF

INSTITUTO
NACIONAL DE
ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA, A.C.

INNPF

Homenaje Póstumo a Carlos Sirvent 1945-2008

SERIE PRAXIS 127

INNPF

SERIE PRAXIS

127



Homenaje Póstumo a Carlos Sirvent 1945-2008

INSTITUTO NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, A.C.

**Homenaje
Póstumo a
Carlos Sirvent
1945-2008**

INNP *SERIE PRAXIS*

127

**Homenaje
Póstumo a
Carlos Sirvent
1945-2008**

CONSEJO DIRECTIVO 2008-2010

José R. Castelazo
Presidente

Manuel Quijano Torres
Vicepresidente

Isidro Muñoz Rivera
Vicepresidente para los IAP's

Javier Barros Valero
Vicepresidente para Asuntos Internacionales

Consejeros

María de Jesús Alejandro Quiroz
Francisco Casanova Álvarez
Miguel Ángel Dávila Mendoza
Héctor González Reza
Amalfi Martínez Mekler
Arturo Núñez Jiménez
Raúl Olmedo Carranza
Fernando Pérez Correa
Carlos Reta Martínez
Oscar Reyes Retana
Alejandro Romero Gudiño
Ricardo Uvalle Berrones

Ricardo Basurto Cortés
Secretario Ejecutivo

CONSEJO DE HONOR

Luis García Cárdenas
Ignacio Pichardo Pagaza
Adolfo Lugo Verduzco
José Natividad González Parás
Alejandro Carrillo Castro

Homenaje Póstumo a Carlos Sirvent 1945-2008

© Instituto Nacional de Administración Pública, A.C.
Km. 14.5 Carretera Federal México-Toluca
Col. Palo Alto, C. P. 05110
Cuajimalpa, Distrito Federal, México
50 81 26 00 ext. 4319
www.inap.org.mx

Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra,
citando la fuente, siempre y cuando sea sin fines de lucro.

MIEMBROS FUNDADORES

Francisco Apodaca y Osuna
José Attolini Aguirre
Enrique Caamaño Muñoz
Antonio Carrillo Flores
Mario Cordera Pastor
Daniel Escalante Ortega
Gabino Fraga Magaña
Jorge Gaxiola
José Iturriaga Sauco
Gilberto Loyo González
Rafael Mancera Ortiz
Antonio Martínez Báez
Lorenzo Mayoral Pardo
Alfredo Navarrete Romero
Alfonso Noriega Cantú
Raúl Ortiz Mena
Manuel Palavicini Piñeiro
Álvaro Rodríguez Reyes
Jesús Rodríguez y Rodríguez
Raúl Salinas Lozano
Andrés Serra Rojas
Catalina Sierra Casasús
Ricardo Torres Gaitán
Rafael Urrutia Millán
Gustavo R. Velasco Adalid



Carlos Sirvent
1945-2008

ÍNDICE

Presentación José R. Castelazo	13
Palabras de Bienvenida Hilda Aburto Muñoz Moderadora	15
Testimonio Javier Oliva Posada	19
Testimonio Luis Medina Peña	25
Testimonio Fernando Pérez Correa	31
Testimonio Marcela Bravo Ahuja Ruiz	39
Testimonio José R. Castelazo	47

PRESENTACIÓN

Para rendir un homenaje póstumo al Dr. Carlos Sirvent Gutiérrez, quien fuera su Vicepresidente, el Instituto Nacional de Administración Pública convocó, el 18 de noviembre de 2008, a distinguidos académicos y personalidades públicas, su familia, discípulos, compañeros y amigos.

Carlos Sirvent se destacó por su red de relaciones, su capacidad de sumar, de concertar con los demás, de intercambiar visiones en un ambiente de respeto.

Carlos Sirvent seguirá vivo en la medida en que la comunidad INAP continúe recordándolo, como lo hacemos hoy en este número de la Serie Praxis, con la que se preserva el pensamiento y las reflexiones de quienes le conocieron.

Instituto Nacional de Administración Pública, A. C.

Palabras de Bienvenida

Hilda Aburto Muñoz*

*Directora de la Escuela Nacional de Profesionalización Gubernamental. INAP

Hilda Aburto.- Muy buenas tardes a todos. Bienvenidos al Instituto Nacional de Administración Pública, a esta ceremonia homenaje, que todos los aquí presentes queremos hacer a nuestro muy querido Carlos Sirvent Gutiérrez. Vamos a tener varias intervenciones, sobre todo para ahondar sobre el carácter de Carlos Sirvent, su trabajo académico, sus estudios, su dedicación como investigador, sus facetas políticas, su trabajo realizado desde el punto de vista de escritor, y las actividades que realizó a lo largo de su vida.

Me permito presentar a quienes nos honran hoy con su participación. Se encuentran con nosotros el Dr. Javier Oliva Posada, el Dr. Luis Medina Peña, el Dr. Fernando Pérez Correa, la Dra. Marcela Bravo Ahuja y el Presidente del INAP, Mtro. José R. Castelazo.

Voy a permitirme leer algunos datos curriculares del Dr. Carlos Sirvent Gutiérrez. Él fue politólogo y administrador público, egresado de la Universidad Iberoamericana y Doctor en Ciencias Políticas por la UNAM, Maestro en Estudios Orientales con especialidad en China, por el Colegio de México.

En la Universidad Nacional Autónoma de México ocupó diversos cargos, entre los que destacan: Coordinador del Centro de Estudios Políticos, Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Director General de Proyectos Académicos, Coordinador de la Comisión Técnica de Estudios y Proyectos Académicos de la Secretaría General de la UNAM, Secretario Académico de la División de Estudios de Postgrado de la Facultad, Representante de los Profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales ante el Consejo Académico de las Ciencias Sociales.

Por otra parte, fue Profesor Titular “C” de Tiempo Completo, que es la categoría más alta dentro de la UNAM; Profesor del Postgrado del Departamento de Ciencia Política de la Universidad Iberoamericana; Profesor del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Ciudad de México; Miembro de Número del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y

Administración Pública; Miembro del Sistema Nacional de Investigadores; Miembro Honorario del Consejo Técnico Nacional del Instituto Politécnico Nacional; y Presidente de la Asociación para la Acreditación y Certificación en Ciencias Sociales (ACCECISO). Obtuvo la medalla Ernesto Enrique Coyro otorgada por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM en mayo de 2005. El Dr. Carlos Sirvent formó parte del actual Consejo Directivo 2008-2010 como Vicepresidente del Instituto Nacional de Administración Pública.

Le pido al Dr. Javier Oliva Posada, si es tan amable de iniciar con su testimonio.

Testimonio

Javier Oliva Posada*

*Académico de Tiempo Completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Javier Oliva Posada.- Buenas tardes, Mtro. Castelazo, muchas gracias por invitarme a compartir esta mesa de homenaje póstumo al Dr. Carlos Sirvent; a la Mtra. Hilda Aburto, quien me invitó también, a los familiares del Dr. Sirvent y a colegas y maestros de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, buenas tardes.

Yo fui alumno del Dr. Carlos Sirvent, todavía en la antigua Facultad y con él leí por primera vez a Nicos Poulantzas, el libro “Estado, Poder y Socialismo”, cuando él era funcionario en la Rectoría. Recuerdo que me gustaba mucho el dinamismo de sus clases, que pocas veces lo vi en otros profesores, de tratar de integrar el texto a la coyuntura que se estaba viviendo en el país.

Pocos días antes de su partida física, Marcela y el Dr. Sirvent estuvieron en mi casa, que es su casa, fueron a comer y hasta ese último día nos seguimos hablando de usted. Nunca pude hablarle de tú al Dr. Sirvent como a la mayor parte de los profesores que me dieron clase, quizá fundamentalmente, por ese respeto que me ha impuesto siempre el magisterio y las personas que han dedicado su vida a la docencia, práctica que afortunadamente se ha ido perdiendo, y digo “afortunadamente”, porque las dinámicas de ahora y las de aquél entonces, evidentemente son diferentes, y la intensidad de las relaciones personales son también diferentes.

El Dr. Sirvent fue el director de mi tesis de Maestría, fue sinodal de mi examen de Doctorado y dentro de las muchas veces que nos reuníamos para esas investigaciones, platicábamos un rato de política, de lo que pasaba y cómo estábamos, sobre la familia, y... a trabajar, era implacable. Distinguía muy bien la relación de amistad con el trabajo profesional, con el trabajo académico y eso siempre me gustó y he tratado de aprenderse. Él fue un profesor, un visionario como Director de la Facultad, se caracterizó por impulsar nuevas generaciones de profesores

en la escuela. Presenté mi examen de oposición cuando él era Director, yo en algún momento también fui nueva generación, por supuesto.

Tuve también la oportunidad de trabajar con el Dr. Sirvent en varios de sus proyectos, y una de las cosas que más me gustaba de él, era que siempre tuvo la decencia, el buen tino de nunca recomendar sus libros y sus cursos, ni sus escritos y esto me parecía un ejercicio muy importante no sólo de sinceridad académica, sino de que fuéramos nosotros mismos, los alumnos, quienes buscáramos su obra, por preferencia. De tal manera que cuando citábamos sus libros, investigaciones, artículos, y aportaciones, nos preguntaba si de verdad los habíamos leído o era solamente por quedar bien con él. En mi caso, le decía que sí había comprado el libro o que había buscado el texto, imagínense ustedes que en aquella época sin Internet, teníamos que ir a la hemeroteca, fotocopiar el periódico, recortarlo, leerlo, subrayarlo, trabajar el texto, como se hacía antes.

Esta peculiaridad de su personalidad siempre la he tenido muy grabada: un profesor muy entusiasta, participó en la fundación de la ACCECISO, y siempre estaba buscando crear foros, impulsar seminarios y prácticas profesionales. Me impresionó mucho cuando lo fui conociendo como ser humano, como un amigo invaluable que siento tener conmigo, era su gran cartera de amigos en todos los partidos políticos, en la Facultad nunca había sido de pandillas ni de partidos, pues él tenía amigos en todos los partidos políticos, en las universidades públicas y privadas; era una persona con un don de relaciones personales verdaderamente notable.

Esta desaparición física, y quiero decir desaparición física, porque como dice Jaime Sabines: “Los muertos se pueden morir dos veces, la segunda vez cuando nos olvidamos de ellos”. Entonces esta desaparición física del maestro, del Dr. Sirvent, en lo personal y por supuesto en lo institucional, deja un vacío muy grande. Lo vimos

el día de sus exequias aquí en la Ciudad de México, no obstante ser 15 de Septiembre, que para los mexicanos es un respetadísimo puente, la sala funeraria estuvo llena, lo que nos habla mucho del aprecio que le tenían y que le tienen al Dr. Sirvent.

Más que hacer una recapitulación de sus obras, quiero referirme a las varias empresas políticas que compartimos, algunas muy arriesgadas. Recuerdo que en las elecciones de 1988 hicimos un trabajo y fuimos la única encuesta que daba ganador a Carlos Salinas. Ese día cuando llegué a la Facultad de Ciencias Políticas mis alumnos me querían comer vivo; le dije al Doctor, “Oiga, me pasó esto con el trabajo que hicimos”, y dice, “Pues dígales que así salió”, “pues ya lo sé que así salió, lo que pasa es que no nos creen, ese el problema”. Compartimos experiencias de verdad muy notables, y por compartir estas experiencias personales y académicas, les puedo decir que el Dr. Sirvent sigue siendo mi maestro, sigue siendo para mí un ejemplo a seguir en el trato con los alumnos y alumnas: la paciencia, el disponer de tiempo para atender a los que quieren dedicarse en serio a las ciencias sociales o a las ciencias sociales de la práctica política.

Ustedes escucharon al inicio, que reconocía la invitación a este foro, pero que no lo agradezco, porque no es algo que sea un motivo como para festejar ni mucho menos, quisiera solamente dejarles estas palabras muy personales de que “en la medida en que nosotros como comunidad académica y como amigos del Dr. Sirvent y, por supuesto, como familiares directos del Dr. Sirvent, mantengamos esta línea de trabajo, esta línea de comunicación, pero sobre todo, este espíritu que hace falta en México en este momento, esta capacidad de sumar, esta capacidad de relacionarse con los demás y no estar peleados”. Percibo en mi entorno una sociedad mexicana escindida, la imposibilidad de llegar a acuerdos de ningún tipo, la incapacidad de sentarnos a dialogar, no digo nosotros, sino me refiero al quehacer político, no en pocas veces académico también.

Él fue un ejemplo, un referente de que sí se puede hacer, de que sí se pueden establecer estos vasos comunicantes de respeto, de intercambio y con algo que escasea mucho, de buen humor, el buen humor que lo caracterizaba, no siempre tomarse tan en serio las cosas; sí se las tomaba en serio, pero no lo suficiente como para que se volviera aburrido el tema, y esto es algo que solamente un maestro en la vida puede enseñar: actitudes frente a la vida, actitudes frente a los retos que cada uno de nosotros va enfrentando.

Como le dije a su hijo Rodrigo hace un momento, que no traía nada preparado y efectivamente no traía nada preparado, porque me senté y quise escribir algo, pero qué va a decir uno en este tipo de homenajes. Dije lo que sentía y que quise compartir con ustedes y reiterarle al Dr. Sirvent, que le sigo hablando de usted, porque sigue siendo mi maestro, gracias.

Hilda Aburto.- Muchas gracias al Dr. Javier Oliva Posada, tiene la palabra el Dr. Luis Medina Peña.

Testimonio

Luis Medina Peña*

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. Profesor-Investigador de la División de Historia, CIDE.

Luis Medina Peña.- Muchas gracias. Igual que Javier quiero agradecer, me siento muy honrado de que se me haya convocado a este acto, para mí es muy significativo por lo que voy a decir aquí enseguida. Marcela, Rodrigo, Carlos, demás familiares, muy buenas tardes. Debo decirles que había pensado improvisar, pero decidí no hacerlo, no hacerlo porque siempre quedo insatisfecho de mis improvisaciones y éste para mí es un acto muy importante. Así es que traigo un pequeño escrito que les voy a leer y va como sigue:

¿Por qué evocamos a los que partieron para unirse a la mayoría, como decían los romanos antiguos? Porque al recordarlos siguen viviendo. Enhebrar recuerdos sobre el que se ha ido hace que permanezca en este mundo. La memoria es un poderoso instrumento, capaz de evocar la viva imagen del ausente entre nosotros, o para decirlo en otras palabras: “mientras queda uno en pie, nadie ha muerto”.

Carlos Sirvent no fue mi amigo de infancia, no hicimos juntos la educación básica, tampoco la preparatoria, bueno, ni siquiera los estudios profesionales. Hasta los 20 años vivimos en ciudades diferentes, eso sí, éramos de la misma clase del servicio militar, 1948, aunque tampoco lo hicimos juntos. En cuanto a edad nos separaban pocos meses, quizás semanas, pero no recuerdo cuál de los dos era el mayor. Me crucé con él por primera vez en los pasillos del Colegio de México, allá por agosto o septiembre de 1969 si mal no recuerdo, yo me apresuraba a graduarme de licenciatura para aprovechar mi beca al extranjero, él ingresaba al Centro de Estudios Orientales a hacer un Postgrado sobre China, que ya empezaba a estar de moda. Alguien nos presentó, no recuerdo quién, pero como la mayor parte de las presentaciones en que toma parte un apresurado, en este caso yo, fue fugaz y sin trascendencia.

Nunca le pregunté si se acordaba de ello, pero de haberlo hecho, por delicadeza hubiera dicho que sí, así era él. Años después supe

que Marcela Bravo Ahuja, ex alumna mía del tiempo en que me estrenaba como profesor, se había casado con un egresado del Colegio de México, que a la postre resultó ser Carlos Sirvent.

Como él y yo éramos de la misma edad, sus hijos son contemporáneos de los míos, por ello me volví a cruzar con Carlos en la escuela activa, a la cual muchos académicos enviábamos a los pequeños para evitarles los traumas que habíamos sufrido en la escuela de pedagogía tradicional. El punto de encuentro eran las reuniones que la Escuela Manuel Bartolomé Cossío convocaba periódicamente para la reeducación de los padres. Pero aun en esos tiempos Carlos era todavía un amigo un poco futuro.

Nos hicimos verdaderos amigos en el lugar más improbable para hacer amistades: un partido político. El responsable fue Luis Donald Colosio, ya que se le ocurrió encargarnos la formación de cuadros políticos y activistas. Carlos dirigía el Instituto de Capacitación Política y yo la Secretaría de Capacitación, eran dos instancias institucionales distintas que tenían el mismo objetivo, lo cual es algo muy peligroso en cualquier circunstancia, pero debo decir que hasta entonces nunca me había tocado un funcionario con quién coordinarme, con el cual me llevara tan bien como con Carlos, “Nunca te pelees con nadie”, recomendaba a los suyos.

Su equipo y el mío embonaron perfectamente, las metas fijadas se cumplieron con creces y eficacia, pero de nada valió. Pronto salimos de ahí a causa de los típicos celos políticos suscitados en ámbitos distintos al nuestro, como es natural en la vida de todo partido político, sobre todo cuando está en el poder. Fue entonces cuando Carlos y yo entramos una estrecha amistad. A los dos nos quedaban por delante muchos encuentros, seminarios, coloquios, viajes de evaluación académica y ante todo, pero sobre todo, comidas y cenas en que discutíamos lo humano y lo divino.

En alguna de esas ocasiones me contó sus avatares como Director de la Facultad de Ciencias Políticas, me instruyó en la increíble y

complicada política interna de la UNAM, particularmente cuando se aproximaba el cambio de rector. En otras, desentrañó las sutiles diferencias entre personajes políticos y sus ambiciones. Pero sobre todo, en nuestros frecuentes encuentros comparábamos las lecturas y análisis de la realidad nacional e internacional. Carlos siempre estaba al día, o al menos, mucho más allá que yo, del estado de ánimo que la hidra que presenta la inacabable lista de escuelas y enfoques de nuestra disciplina.

Cuando regresé a la Academia, tras mi periodo en la vida pública, me encontré que el *ethos* de los científicos duros se había contaminado a los científicos sociales y que gracias al centralismo democrático ejercido por el Sistema Nacional de Investigadores y el CONACYT, no se podía permanecer en ella -en la Academia- sin un doctorado. En una comida le dije a Carlos que iba a abandonar mis labores académicas antes de que me corrieran, “¿Quieres dejarla?”, me preguntó, “No, pero me veo obligado a ello”, le dije. “Saca un doctorado”, me respondió, “es solo requisito”. Deshice mis reparos uno a uno y me convenció de enrolarme en el nuevo doctorado por tesis, que iniciaba la UNAM en muchas de sus facultades.

Eran los tiempos de la langosta en el campus universitario, la época de la huelga del Mosh y compañía, me inscribí en una oficina extramuros, obviamente Carlos fue mi asesor de tesis. No sé cómo asesoraba a otros, conmigo fueron un par de breves pláticas, de las cuales en la segunda me resolvió el problema. Luego de leer una serie de ensayos previos no publicados que tenía yo preparados con vistas a un futuro libro sobre el sistema político mexicano, me dijo: “Tu problema es de integración, ves los temas de tu tesis desde las alturas de la teoría política y empírica, organízalos históricamente y dispersa las teorías a lo largo del texto para explicar momentos o problemas cruciales, recuerda que como politólogo tu fuerte es la historia y eso sí”, advirtió, “no te pierdas como muchos en la elaboración de marcos teóricos”. Le hice caso a pie juntillas y en poco tiempo, poco

menos de 2 años, recibí el doctorado y la tesis pasó airoosamente los dictámenes para ser publicada por el Fondo de Cultura Económica, todo ello se lo debo a Carlos.

Comí con él cuatro días antes de su fallecimiento, en un restaurante de la Calle de la Paz en San Ángel, convocados por un amigo común que quería hacernos una oferta, no recuerdo cuál, de colaboración en su consultoría, salimos a las 6 de la tarde, estaba nublado y empezaba a lloviznar. “¿Te llevo?”, le dije señalando mi coche a pocos metros, “No, prefiero caminar. Voy a la oficina aquí a dos cuadras”, me respondió. “Bueno, al menos llévate esto”, agregué, ofreciéndole mi paraguas colapsable, lo tomó y cruzó la calle con ese paso nervioso y andarín, tan propio de él. “Nos vemos pronto”, le grité, cuando alcanzó la otra acera se volvió con una sonrisa y me hizo un gesto de afirmación y de despedida, llevándose el paraguas aun cerrado a la frente, levanté la mano para corresponderle, yo no sabía entonces que esa despedida sería muy pronto un “hasta siempre”. Muchas gracias.

Hilda Aburto.- Muchas gracias al Dr. Luis Medina Peña y vamos a pedirle ahora al Dr. Fernando Pérez Correa que nos dé su testimonio.

Testimonio

Fernando Pérez Correa*

* Académico de tiempo completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y Consejero del INAP

Fernando Pérez Correa.- Igualmente yo estoy muy agradecido con esta ocasión única de compartir con ustedes mis propias experiencias. Me parece importante empezar por decir que Carlos Sirvent era un hombre de muchas paradojas, era un hombre que daba la impresión de ser indulgente, de alguna manera relajado y escondía una gran severidad y una gran disciplina. Siempre era un hombre de trato suave y dispuesto, casi conforme y en rigor se trataba de una voluntad firme, muy resuelta, con proyectos muy claros.

Yo pienso que esta paradoja en su carácter, que era también una paradoja en su red de relaciones, fue también la paradoja de su muerte, porque me parece posible decir que se murió en el mejor momento de su vida: estaba realizando un trabajo académico espléndido, tenía un fruto de un trabajo perseverante y difícil, el trabajo en la ACCECISO. Estaba colocado en una posición de reconocimiento y de privilegio en nuestra comunidad académica en el espacio que todos compartíamos, era una persona reconocida y respetada, además tenía un observatorio magnífico, tanto para realizar sus esfuerzos de escrutinio e interpretación en la vía universitaria como en la política nacional.

Era difícil saber exactamente qué cruzaba por su mente, porque él había vivido, no mucho tiempo antes, una experiencia análoga y había decidido por sus propios medios acudir al hospital y recibir asistencia de urgencia. La recibió, sobrevivió y pienso que sabía cuáles eran, en ese orden específico, sus límites y cuáles eran sus grandes fuerzas.

Yo lo conocí a principios de una década admirable para la vida de la universidad, la década de los años 70's, fue una década llena de conflictos, llena de innovaciones, llena de cambios, en efecto. Acababa de egresar de la Maestría de Estudios Orientales, se incorporó con una admirable certeza en la facultad, muy pronto entramos nosotros en relación. En aquel tiempo estaba yo dejando la Secretaría de la División de Estudios de Postgrado, un cargo que él había de ocupar más tarde, para hacerme cargo del Centro

de Estudios Políticos, responsabilidad de la cuál él se haría cargo posteriormente también. No fue el caso con la Dirección de Ciencias Políticas a la que él tuvo la responsabilidad antes que yo.

Tuvimos una experiencia como son las experiencias con el Dr. Sirvent que todos recordamos, llena de matices, de enigmas, todos ellos gratos, todos ellos reveladores de una gran calidad humana.

El Dr. Sirvent en aquél tiempo estaba iniciando su doctorado, yo tuve una relación muy estrecha con él por esa razón, él me apoyó en una responsabilidad que tenía yo confiada en el Colegio de México en un seminario de pensamiento político contemporáneo y anudamos una relación más que personal, de intercambio recíproco, de enriquecimiento. Conviene tener presente que en ese marco se dio su incorporación al personal académico de la Facultad, pues él se integró, precisamente, al Centro de Estudios Políticos.

Esta relación fue siempre una relación llena de enseñanzas. Era un hombre culto, muy enterado, alegre, irónico, diría yo, no solamente lleno de vida, era además vivísimo, inteligente, benévolo, le gustaba ser un hombre bienhechor y al mismo tiempo siempre tenía una gran curiosidad y debo decirlo, una gran paciencia. Era un hombre ambicioso, era un hombre talentoso y, a su manera, un hombre muy trabajador.

Cuando terminé esta encomienda en la Facultad en el Centro de Estudios Políticos, súbitamente, porque recibí el compromiso de hacerme cargo del Colegio de Ciencias y Humanidades, que era una tarea de un gran desafío, dejamos de vernos con tanta frecuencia. Pero no habían pasado más de dos años y unos cuantos meses cuando recibí la distinción de ser nombrado Secretario General de la Universidad, entonces le pedí que se hiciera cargo de la Comisión Técnica, en la propia Facultad, en la Secretaría General de la Universidad.

Lo hizo con una gran capacidad, en una tarea que nada menos reclamaba entrar en contacto con los innovadores de todas las escuelas y facultades, conocer sus proyectos académicos, buscar darles forma, hacerlos viables o bien darles una salida honorable, y realizar esa encomienda con una tersura completa y con un balance siempre en números negros, negríssimos, nunca números rojos. Él era un admirable relacionador en esta tarea.

El Dr. Sirvent había tomado, como ya lo he dicho, la decisión de escribir una tesis muy difícil, sobre un tema que era al mismo tiempo innovador y desafiante, de alta peligrosidad y explosivo: era el análisis nada menos que de la alta burocracia mexicana y la administración pública para vincularla con las tareas del desarrollo. Tareas que tenían que ver, según evolucionó el texto del Dr. Sirvent, desde los temas de la acumulación del capital público y privado, hasta los temas de la generación de una especie funcional, aunque no estructural, de burguesía nacional, porque una parte clave del empresariado mexicano existente era suplida por este cuerpo burocrático administrativo, capaz de proyectar y de ejecutar proyectos complejos.

Fue una tesis llena de polémica, muy valiosa y debo decir yo, además fue una tesis muy moderna porque la nutrió, cosa que no se hacía en la Facultad, con cuadros estadísticos relacionados con tablas de desarrollo de las empresas, de la burocracia, del desarrollo económico por sectores, de los sectores en los que estaba incidiendo la acción pública, apreciaciones sobre el valor estratégico de distintos proyectos y algo muy importante, un aparato crítico muy bien construido, muy bien edificado.

Nuestra relación era una relación multifacética, porque teníamos muchas áreas de contacto y las seguimos teniendo después, cuando yo pasé de la Coordinación de Humanidades a la Secretaría de Gobernación, el Dr. Sirvent me apoyó en algunas cuestiones delicadas. Luego él pasó a la Dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en la que tuvo, la

verdad de las cosas, un momento muy difícil. Háganse ustedes cargo de lo que implicaba asumir la Dirección después del boom petrolero y de los años gloriosos del sexenio de López Portillo, tomar la Dirección en el momento de la gran contracción del gasto público, que tuvo entre sus áreas más dolorosamente sacrificadas, precisamente el sector educativo.

Él tomó la Dirección con una colección interminable de embrollos institucionales que habían terminado con el fracaso de maestros muy queridos, un colega admirable, Antonio Delhumeau en primer lugar, y después un maestro muy apreciado, Don Raúl Cardiel Reyes, quien terminó en condiciones verdaderamente deplorables, inadmisibles. En ese marco le tocó al Dr. Sirvent hacerse cargo de la Dirección y realizar una mudanza de lo más desventajosa, porque pasaba del núcleo del Centro Histórico de Ciudad Universitaria, a uno de los lugares más extravagantes en la periferia, entonces deshabitada de un pedregal, para compartir el destino de los saurios y los cactus del área próxima a la fallida tienda UNAM.

Esta fue una realización realmente admirable efectuada, además, en una circunstancia particularmente difícil, porque la Facultad había tenido una mala armonización con la Rectoría en los años del Maestro Cardiel Reyes y cuando podía haber habido una muy buena relación, un cambio de relación, hay una sustitución de Rector, y nuevamente se produce una relación muy difícil, una relación muy tensa en ese momento. Como un mago medieval y quiero subrayar la palabra, no fue un operador renacentista, fue un mago medieval, quien actuó para librar de tan difícil trance al Dr. Sirvent.

Nosotros nos seguimos frecuentando a lo largo de esos años, yo estaba en la Secretaría de Gobernación como ya dije y tuvimos la suerte de comentar este asunto justamente de la transición del 88 y la difícilísima elección del Lic. Salinas. Después, al arranque

del siguiente sexenio, yo me hice cargo del Instituto Nacional de Educación Pública, que había sido una actividad que también había resultado atractiva para el Dr. Sirvent.

Voy a darme un brinco considerable para decirles a ustedes que cuando se produjo el desenlace final de la huelga del 99, ya a principios del año 2000, una de las personas que con mayor entusiasmo y ánimo resuelto, y además eficaz, me insistió en que me asomara yo a la Dirección de la Facultad, también con ánimo resuelto y con ambición, fue justamente el Dr. Sirvent y fue gracias a la muy amable hospitalidad de Marcela que tuvimos las reuniones preparatorias de todo esto, justamente en su casa.

El Dr. Sirvent ha dejado un legado inapreciable de amigos, de colegas, de discípulos, pienso que mal que bien, él fue quien realizó la mudanza de la Facultad. A mí me tocó en el 2000, es decir, 16 años después de inaugurada la Facultad, retomar el plan rector de construcción que nunca se había atendido y que había implicado entonces que se impusiera al Dr. Sirvent una mudanza tan difícil.

Es muy difícil explicar cómo se dio simultáneamente el desarrollo de una institución como la Facultad, lista para impulsar el pensamiento crítico, incluso para inspirar la defensa de valores fundamentales desde la perspectiva de un proyecto progresivo de desarrollo para México y, simultáneamente, realizar el trabajo formativo de lo que serían, ciertamente en una buena medida, los grupos que nutrieron la acción dirigente y rectora de la República. Desde la crítica democrática de Don Pablo o la genial invención del periodismo cultural con las modalidades del Maestro Benítez, hasta el papel clave de Don Enrique, del Maestro Flores Olea en la pacificación posterior al conflicto del 68, nuestra Facultad ha sido uno de los instrumentos institucionales esenciales del desarrollo mexicano, sin fracturas, sin rupturas, y sin conducirnos a alienaciones y a fragmentaciones innecesarias.

En esa jornada el papel del Dr. Sirvent fue muy importante, él vivió, yo diría, la crisis de anomia posterior a la crisis del gobierno mexicano en los años 82 y luego volvió, y vivió con toda intensidad la crisis de la universidad, con la expresión dentro de nuestra casa de estudios de la modificación a las reglas del juego de los grandes proyectos sociales y educativos del Gobierno Federal. Lo hizo con donaire, lo hizo con una gran dignidad y repito, con un gran ánimo de vida, como lo fue siempre, un hombre muy talentoso.

Yo creo que como lo he dicho, fue un hombre de suerte y me permito decir que una de sus más señaladas fortunas fue el haberse encontrado con Marcela, porque resultó realmente decisivo como el punto de apoyo, como el punto de lanzamiento de un proyecto de vida muy complicado, muy enigmático y al mismo tiempo muy fecundo y lleno de guirnaldas. Yo creo que como lo han dicho mis antecesores, el Dr. Sirvent está vivo y pienso que seguirá vivo en la medida en que todas estas virtudes tuyas, que florecieron en medio de nosotros, sigan también vivas. Muchas gracias.

Hilda Aburto.- Muchas gracias al Dr. Fernando Pérez Correa, toca ahora el turno a la Dra. Marcela Bravo Ahuja, viuda de Carlos Sirvent Gutiérrez.

Participación Especial

Marcela Bravo Ahuja Ruiz*

*Académica de Tiempo Completo del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Marcela Bravo Ahuja.- Buenas tardes a todos, buenas tardes al Maestro José Castelazo, al Mtro. Manuel Quijano, al Dr. Fernando Pérez Correa, a la Mtra. Hilda Aburto, al Dr. Luis Medina, al Dr. Javier Oliva. Buenas tardes a mis cuñadas aquí presentes, a Carlos, a María, a Rodrigo, a mis hermanos Víctor y Rocío, a todos ustedes.

Lo conocí en 1974 en la Universidad Iberoamericana, como mi Maestro de Teoría Económica y Social del Marxismo, título de materia que hoy al menos nos hace sonreír. Llegaba con un atuendo informal, que pronto abandonaría junto con su primera juventud, para no dejar más traje y corbata. Sin embargo, lo que nunca perdió fue esa extraordinaria capacidad de transmitir lo que leía y también podía aplicarse en la interpretación de nuestra realidad política.

Le daba sentido a textos clásicos, estaba permanentemente al corriente de lo último que se escribía, era ameno, interesante, motivador. Desde luego fue uno de mis mejores maestros, lo sería toda su vida, mi maestro y el de nuestros hijos, lo sería de tantas generaciones que no lo olvidarán y a las que marcó con su visión aguda y su espíritu respetuoso. Su interés sin tregua, su renovación continua y la originalidad de su mirada son lo que más extrañaremos. No quiero decir lo que otros pueden decir, quiero contarles lo que a lo mejor no saben, porque él, que sabía oír como pocos a los demás, poco platicaba de sí mismo.

¿Cómo llegó Carlos a ser ese maestro destacado? Provenía de una familia chiapaneca de abolengo, no era un Gutierritos cualquiera, era descendiente de Don Joaquín Miguel Gutiérrez, que le dio nombre a la capital de su estado por haber luchado en el Siglo XIX por la Independencia y más tarde, del lado de los liberales, trabajado por la anexión de Chiapas a México. Era sobrino de Juan Sabines, el poeta. Su tío abuelo fue gobernador, su abuelo senador, su padre, un notable médico, pionero de la salud pública en México y en Latinoamérica, alto funcionario de la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

Quiero que imaginen como yo lo hago, a un niño que odiaba la escuela, cuyos padres, afortunada y sabiamente no lo mortificaban y que pudo por tanto leer a su antojo los libros que tienen las familias cultas, en las que la lectura es un hábito. Ese fue Carlos, en buena medida, un autodidacta, producto de su rechazo a la educación autoritaria que nunca toleró. Así llegó a la edad en que se elige carrera y, como para muchos, esa elección fue un azar, tan grande en el que se conjugaron: primero, no gustar de las matemáticas, por lo que quedaban descartadas muchas alternativas profesionales, entonces relaciones industriales pareció ser por un momento la opción elegida, ¿se imaginan? Segundo, el azar encarnado en una autoridad escolar que pasaba por donde él estaba formado para registrarse, animando a quien se dejara, para inscribirse en la carrera de Ciencias Políticas y Administración Pública de reciente creación para la que necesitaban alumnos.

Desde luego que le aseguraron no tendría problema con las matemáticas. Y resultó que Carlos había nacido precisamente para el análisis político, había nacido para ser el tipo de profesor que él hubiera querido tener en su infancia y que para bien, sí conoció en la Universidad, profesores que vieron y orientaron su potencial. Desde entonces no paró de estudiar, lo hizo en la Ibero donde cursó su licenciatura; lo hizo en el Colegio de México, donde cursó una Maestría en Estudios Orientales; lo hizo en la UNAM, donde obtuvo el primer Doctorado en Ciencia Política que la institución otorgaba a un egresado.

Carlos no distinguía la semana de los fines de semana, los periodos escolares de las vacaciones. Capacidad de trabajo le sobraba, las ideas le brotaban a borbotones, desde entonces no paró de estudiar y de enseñar lo que estudiaba. Además, su labor docente fue apoyada por un genuino gusto por la investigación, en especial, por el trabajo en equipo. Su interés por China le hizo abordar la historia de ese país, particularmente la reciente,

y aterrizar en la revolución cultural entonces en marcha, esa fue su tesis de licenciatura. De ahí pasó a los escritos de Mao en la Maestría y a una lectura cuidadosa de los padres del pensamiento de izquierda: Marx, Engels y Lenin.

No fue extraño así que llegara al estudio de la burocracia como tesis de doctorado. Era un derivado de su revisión del llamado modo asiático de producción y un intento de los de aquella época por actualizar el análisis marxista de las clases sociales, aplicándolo esta vez a la realidad mexicana. La muerte de Carlos es la muerte de un miembro de esta generación marcada por la oposición a un sistema político que entonces, tras el 68, reflejaba signos claros de agotamiento. Una generación que en el recién fundado Centro de Estudios Políticos de la UNAM pudo hacer de ellos objeto de su trabajo.

En su constante evolución no se quedó en las primeras explicaciones que encontró; sin embargo, de ellas conservó para siempre su espíritu crítico e independiente, conservó también su interés por la teoría, de donde derivó su interés por la evolución de su disciplina y la de las Ciencias Sociales en general, así como su interés por la enseñanza de las mismas. Con los nuevos tiempos, y con sus nuevas lecturas, no pudo permanecer en el estudio de la burocracia y de la composición del mando político en el país. Eran trabajos interesantes sobre la FETSE, sobre carreras políticas, sobre los canales de ascenso al poder, pero le fue ganando terreno el estudio del cambio político que México experimentó desde la liberalización que produjeron las reformas electorales, que desde 1977 se fueron sucediendo.

Fue estudioso y en cierta medida, no creo exagerar, actor del cambio, porque no hubo que yo recuerde, reforma electoral en que no fuera consultado, salvo esta última en que nadie fue consultado. Al final, era uno de los especialistas más importantes en los temas de partidos políticos y asuntos electorales. Su visión

imparcial, su amplio criterio y su carácter constructivo le trajeron amigos de todos los colores; sólo Carlos pudo haber congregado al grupo heterogéneo y diverso en lo político que asistió a su funeral.

Para su vida académica, la cual se concretó en unos 5 libros, una veintena de capítulos de libros, casi 100 artículos y conferencias, miles de editoriales y un sinnúmero de entrevistas en radio y televisión, Carlos contó con varias fortunas derivadas de su educación que así se lo permitieron. No consentir necesidades económicas, lo que le liberó el tiempo que esa labor requiere y tener una salud mental envidiable, lo llevó a desarrollarse profesionalmente sin ambiciones enfermizas ni envidias. Sinceramente gozaba el éxito de los demás y estaba más cerca de todos en sus tropiezos. A muchos les tendió la mano. Personalmente le interesaba luchar, pero nunca sobreestimó sus logros ni se contrarió al no obtener lo que había buscado, simplemente no reconocía la adversidad.

Pese a todo ello, la vida profesional de Carlos no se contuvo en el aula y la biblioteca, igualmente, se desarrolló en otros frentes, en tanto tuvo la ocasión de ocupar varios puestos que le permitieron poner a prueba sus habilidades políticas y administrativas. Como Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de 1984 a 1988, comprendió que la institución, sacudida por los conflictos internos que habían impedido a sus dos predecesores concluir sus cargos, se encontraba atomizada en muchos grupos y por eso emprendió un reordenamiento exitoso de la misma, que le dio gobernabilidad y estabilidad, siempre como entonces fue un excelente negociador. Muchos fuimos testigos del encanto con que ponía de acuerdo a los mayores rivales y lo más sorprendente es que nunca se peleó con nadie, ni creo que acumulara enemigos.

Además, como servidor público no solo contaba con capacidad de concertación, sino también con capacidad de convocatoria. Carlos tenía múltiples relaciones con las que hizo realidad

muchos de sus proyectos, sabía contrarrestar los defectos de sus colaboradores y sacar lo mejor de ellos. Era un placer trabajar con él por su forma cariñosa, porque no asumía molestas jerarquías, porque era compartido y dejaba crecer, procuraba que uno creciera. Su liderazgo era entusiasta y discreto, su trayectoria, enlaces, experiencia y vocación académica las integró en 2002 en la constitución de la Asociación para la Acreditación y Certificación en Ciencias Sociales, la ACCECISO, que desde entonces ha acreditado a más de 130 programas universitarios en 25 instituciones educativas, incidiendo en el desarrollo de estas disciplinas.

Carlos no fue más y no fue menos, yo pienso que merece este homenaje no únicamente porque al momento de fallecer era Vicepresidente del INAP, cargo que ejercía de manera desinteresada, porque veía el reto que significa reinterpretar y reorientar las instituciones en el México plural que hemos construido y porque destacó en su profesión. Merece también este homenaje porque lo hizo con gran placer, sin sacrificar su calidad de vida ni su vida privada, porque Carlos gozó inmensamente su trabajo y con ello dio su mejor ejemplo. A nombre de la familia, muchas gracias por este evento, por permitirme hablar, y por estar aquí.

Hilda Aburto.- Muchas gracias a la Dra. Marcela Bravo Ahuja y por último, para cerrar este homenaje, le pediremos al Mtro. José R. Castelazo que nos dirija unas palabras.

Testimonio

José R. Castelazo*

* Presidente del INAP.

José R. Castelazo.- Muchas gracias Hilda. Marcela, muchas gracias por esas palabras que nos hicieron recordar a nuestro querido amigo Carlos. Poco me han dejado para comentar Javier, Luis y Fernando. Agradezco mucho la presencia de otros amigos que no han sido mencionados, además de su familia, como Alejandro Carrillo o Francisco Casanova Álvarez, Cornelio Rojas, Vicente Anaya, Carlos Reta, tantos que le teníamos un gran cariño a Carlos.

Ustedes han destacado aspectos de su vida académica que fue a la que más se dedicó, yo quisiera destacar una cualidad que admiraba mucho en Carlos, que era su pragmatismo. Con todo y su aureola académica y su gran talento para dirigir instituciones académicas, también era un gran pragmático.

Lo conocí cuando yo era Presidente del IPONAP, un instituto político partidista, era del PRI, Carlos aceptó ser miembro honorario, entonces él estaba en Ciencias Políticas. No tuve más que invitarlo, después de pensarlo como dos minutos pensando, dijo, “Sí, está bien”, entonces se convirtió en miembro honorario del IPONAP, que era una representación gremial de su profesión. Luego aceptó ser miembro de número del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, que también presidí, cuando él ya era un muy destacado académico y muy respetado por todos los colegas.

Escribió en una revista del IPONAP que dirigí, que se llamaba *Política Nueva*; en otra que se llama *Enlace* del Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, y cuando fui director de la Revista *Examen* del PRI, también escribí generosamente en esa publicación. Cuando Carlos fue Director del Instituto de Capacitación Política -en el partido que mencionó Luis en su intervención- me invitó a dar clases en ese Instituto y, obviamente, acepté. Hicimos muy buenas migas porque él me veía como político, no como académico, y yo lo veía como académico, y no como político.

Finalmente nos fuimos acercando a lo largo del tiempo, y le pedí a Carlos que hiciéramos un diplomado en el INAP, que presidía entonces Ignacio Pichardo Pagaza, sobre el tema de “Política Gubernamental”. Él era Director de la Facultad y yo era profesor del INAP desde años antes, el diplomado tenía sentido porque se empezaba a hablar de las políticas públicas y nosotros insistíamos en que primero había política gubernamental, para que hubiera políticas públicas después. Dividimos el diplomado en cuatro gajos: Gestión, Aprobación, Ejecución y Evaluación de la política gubernamental. Entonces le dije “Pienso que lo de la Aprobación es muy sencillo, nada más lo tiene que aprobar el Presidente de la República, y ya con eso entra”, pero él me dijo, “Mira, fíjate que las cosas están cambiando” -era 1986, en esa época él era el Director de la Facultad- “Fíjate que tenemos que meter a la sociedad, que cada vez va participando más en la política, en este momento no se nota mucho, pero en algunos años más, verás qué importante va a ser la sociedad” Entonces programamos ese módulo con la participación social para establecer la política gubernamental.

Después publiqué un libro que se llamó *Nuestra clase gobernante*. Carlos me hizo el favor de revisarlo con todo cuidado y de felicitarme y me dijo: “Oye, por qué no lo presentas para tu Maestría en la Facultad”, pero me dio mucha pena, porque hice esa investigación fuera de la Facultad, y le dije, “No, no me parece que aproveche el libro para hacer la Maestría”: Carlos me dijo “Bueno, pasas unas materias, en fin, te ayudamos a que lo hagas”. Pero desafortunadamente, no me animé. El libro fue muy bien recibido y rápido se terminó, pero los consejos de Carlos fueron muy buenos.

Carlos Sirvent era un hombre de gran talento, de gran amistad, de gran solidaridad, lo fue conmigo, en varias ocasiones. Por ejemplo, él me abrió las puertas del Centro de Estudios Políticos. Me dio una clase maravillosa que se llamó “Pensamiento Político Mexicano” por 3 semestres, la di gracias a Carlos, él me ayudó

mucho para hacerlo. Era generoso como ya se mencionó, siempre fue de una fineza extraordinaria.

Desafortunadamente para nosotros lo perdimos en un momento muy importante para el INAP, pero lo ganamos, porque durante las pláticas que tuvimos con él para reformar los Estatutos, nos dio justamente lo que dice Marcela, la idea precisa de la necesidad de refundar al INAP, en la medida en que el país y la situación internacional está cambiando.

Carlos Sirvent se queda con nosotros. Su espíritu está en los nuevos Estatutos que esperamos que se aprueben el próximo diciembre, pero sobre todo, esa forma de actuar tan abierta, tan generosa, tan firme y tan clara en su pensamiento.

A Carlos lo recordaremos siempre, y contradiciendo al Poeta Sábines, no vamos a dejar que tenga una segunda muerte, pues lo recordaremos siempre. Muchas gracias a todos por su asistencia.

Hilda Aburto.- Con la intervención del Mtro. Castelazo, concluimos este merecido homenaje a Carlos Sirvent. Agradecemos mucho la asistencia de todos ustedes, de la familia de Carlos y de muchos amigos, colaboradores, miembros de este Instituto, que nos acompañaron el día de hoy, muchas gracias y muy buenas noches.

SERIE PRAXIS 127

Homenaje Póstumo a Carlos Sirvent

Se terminó de imprimir en Febrero de 2009
por Media.Sales, S.A. de C.V.

La edición consta de 1000 ejemplares.

Distribución a cargo del INAP

